

JESÚS CAÑADAS

ATHENEA

★ y los elementos ★



edebé

La serpiente alada

ATHENEA

★ y los elementos ★

La serpiente alada



JESÚS CAÑADAS

edebé

© Jesús Cañadas, 2019
Published by arrangement with UnderCover Literary Agents
© Ilustración: Marina Vidal

© Edición: Edebé, 2019
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño: Book & Look

1.ª edición, octubre 2019

ISBN: 978-84-683-4538-3
Depósito legal: B. 16893-2019
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



ATHENEA

★ y los elementos ★

3

La serpiente alada



UNO

ASÍ NO HABÍA MANERA



1

—No puedo más, Thea.

—Sí que puedes.

De buena gana Thea le habría explicado a Mapachito por qué tenía que poder, por qué tenía que seguir sujetando la cuerda, pero el mareo no le permitía hablar mucho. En aquel momento, Thea colgaba bocabajo de una sábana atada alrededor de sus tobillos a una altura de unos cuatro metros. La sábana, anudada a otras cinco sábanas más, atravesaba una polea improvisada en el gancho de la enorme lámpara de araña que iluminaba el recibidor del Collegium Friedricianum. El otro extremo de la polea terminaba en las manos de Ludwig von Hohendamm, a quien todo el mundo llamaba Mapachito, alumno del colegio y ahora obligado compañero de aventuras de Thea.

El pobre niño, agachado tras la barandilla del primer piso del recibidor, temblaba de la cabeza a los pies. Era incapaz de sostener por más tiempo el peso de Thea. Ella, por su parte, se aguantaba las náuseas mientras intentaba orien-



tarse bocabajo. Al mismo tiempo, procuraba que no se le cayeran el tintero y la pluma que sostenía al revés en aquella incómoda posición.

Mojó la pluma en la tinta y estiró el brazo tanto como pudo. La punta casi llegaba al labio superior de la emperatriz Augusta Victoria de Schleswig-Holstein, cuyo retrato a caballo, con fondo boscoso y un mastín dormido a los pies, presidía la parte superior del recibidor del colegio.

Thea acertó a pintarle el bigote izquierdo cuando Mapachito gimoteó:

—Va a venir el director Glogau y nos vamos a enterar.

—No va a venir nadie. —Thea cerró los ojos para controlar el mareo que le provocaban las alturas. ¿Por qué no se había traído la venda para los ojos?—. A esta hora Glogau estará dormido, Mapachito. No te preocupes por él.

Qué fácil era decirlo. Thea sabía que no había nada en el mundo que asustase más a Mapachito que el director Glogau. El terror había acentuado aquellas ojeras que le habían dado su apodo desde el mismo día en que entró en el colegio. Ahora apoyaba ambos pies en la barandilla y hacía de contrapeso con el cuerpo entero para sostenerla. Desde su aventura en las profundidades de Atlantis, Thea había dado un buen estirón. Ahora tenía más envergadura y, sobre todo, más peso. La sábana se escurrió unos centímetros de las manos de Mapachito.

—¡Aguenta un poco más! —susurró Thea—. ¡Voy a acabar ense...!

El mareo la interrumpió. Por puro instinto, sus manos buscaron algo donde apoyarse... con tan mala fortuna que



una gotita negra se escurrió del tintero y cayó los cuatro metros que la separaban del suelo. La gotita aterrizó apenas a un par de centímetros de la punta de un elegante zapato que acababa de detenerse en medio del recibidor.

El zapato pertenecía al director Glogau, por supuesto. A su lado estaba el profesor Muskat.

Las ojeras de Mapachito perdieron todo el color. Por un momento, el terror le hizo olvidar lo que estaba haciendo, y las sábanas se le escurrieron medio metro más. El cuerpo entero de Thea dio un latigazo y el tintero casi se le cayó de las manos.

—Colocaremos la mesa aquí —dijo el director Glogau—. Primero los salados y las canastitas de atún. El vino en el medio, los dulces al fondo.

—Sí, director Glogau —dijo el profesor Muskat.

—Quiero que los interventores se atiborren antes de pedirles más subvención. Que vean que no escatimamos en gastos.

—Sí, director Glogau —dijo el profesor Muskat.

El tintero se balanceaba casi, casi sobre la cabeza del director Glogau.

—Y como esa niña pelirroja me vuelva a arruinar el espectáculo, Muskat, está usted despedido, ¿se entera? Despe-di-do.

—Sí, director Glogau —dijo el profesor Muskat.

—¡Déjese de «sí, director Glogau»!

En aquel momento, algo distrajo la concentración de Thea. Un objeto alargado y liviano cayó flotando delante de ella y aterrizó sobre su nariz. Se trataba de una pluma



de gran tamaño, estilizada y curva, de tonos turquesas y rojizos. ¿Qué pájaro extraño se había colado allí dentro? Thea sopló para desprenderse de ella y al mismo tiempo alzó la vista.

Arriba, tras las cristaleras del techo, se dibujaba una silueta de casi dos metros de envergadura, de forma alargada y sinuosa..., rematada por dos ojos verdes que ahora mismo estaban clavados en ella.

—¡AGH! —le salió el grito sin pensarlo.

Aquella silueta se desvaneció tan rápido que Thea dudó que no hubiese sido un reflejo o una mota de polvo en su propio ojo. Sin embargo, el grito bastó para sobresaltar a Mapachito. Un sobresalto que tuvo muchas y muy malas consecuencias...

En primer lugar, Mapachito soltó la sábana. En segundo lugar, la sábana pasó rauda y veloz por la polea improvisada en la lámpara. En tercer lugar, a Thea se le escapó el tintero de entre las manos. En cuarto lugar, el tintero cayó como suelen hacerlo todos los tinteros abiertos: bocabajo. En quinto lugar, Thea también cayó. En sexto: por puro acto reflejo, se agarró al borde del cuadro de la emperatriz Augusta Victoria. Y en séptimo y último, las alcayatas del cuadro no soportaron su peso.

En menos de un segundo, la cabeza del director Glogau había atravesado el cuadro justo a la altura del rostro de la emperatriz Augusta Victoria. La cabeza de Thea asomaba a través de la del caballo. Y la del profesor Muskat, qué mala fortuna, atravesaba el cuadro a la altura del trasero del perro.



Durante un instante, nada se movió. El director Glogau se limitó a contemplar a Thea. Un temblor sacudió la comisura de su ojo derecho.

—Aquí está la niña, di-di-director Glogau —tartamudeó el profesor Muskat.

Entonces el tintero le aterrizó en la frente.

2

Así no había manera.

Desde la desaparición de Mehdi, Thea había intentado vivir aventuras de una y mil maneras. Y todas habían acabado en desastre. Había obligado a Mapachito a acompañarla, y también a Greta Scheel, y a cada uno de los diecisiete hijos del guardés Knopf.

Había intentado trastocar el orden de las fichas de todos los libros de la biblioteca, intercambiar las especias en las cocinas, robar las enaguas de *frau Zahn* del patio trasero de las coladas, echar polvos picapica en los borradores de tiza de las pizarras, colgar los calzoncillos del profesor Muskat del estandarte del Collegium Friedricianum, excavar un túnel que atravesase el jardín laberinto que separaba las alas masculina y femenina del colegio. Y, por supuesto, había intentado pintarle bigotes al cuadro de la emperatriz Augusta Victoria que presidía el recibidor.


Y nada.

Todo había salido mal.

Así no había manera.



3



El coche serpenteaba por el camino que iba desde el Collegium Friedricianum a la estación de tren de Königsberg. Conducía Rudolf von Hammerstein, el padre de Thea. Ni tiempo había tenido de contratar un chofer: en cuanto recibió el teletipo del director Glogau, un teletipo al que solo le faltaba agarrarlo por las solapas y zarandearlo, había tenido que salir pitando en dirección al colegio. Ahora hacía el camino de regreso hacia la estación, con el coche medio hundido por las maletas y los baúles que contenían la vestimenta de Thea. Habían dudado si llevarse también los uniformes del colegio. A fin de cuentas, no se los iba a volver a poner.

Thea se sentaba en la parte de atrás, los brazos cruzados y la mirada perdida en algún punto más allá de la ventana. Esta vez fue Rudi quien rompió el silencio:

—Meses. Meses me llevó convencer al director Glogau de que te volviera a admitir.

Thea no dijo nada.

—Meses con sus treinta días cada uno. Llamadas diarias, telegramas, discusiones, súplicas, humillaciones. Solo me ha faltado pintarle la casa y ponerle cortinas nuevas. Y tú te empeñas en partirte la crisma a la menor oportunidad. No llevabas ni dos meses de curso, Athenea. ¿Cómo te las has arreglado para que te expulsen tan pronto?

A esto, Thea estuvo a punto de responder, pero sentía una maraña de emociones tan raras en la barriga que no pudo encontrar las fuerzas para hacerlo. Se limitó a soltar





un suspiro largo y enojado. Estaba segura de que su padre solo estaba calentando motores, y de que en cualquier momento empezaría a gritarle. Pues muy bien. Que gritase tanto como quisiera.

El volantazo cortó el hilo de sus pensamientos. Su padre echó el automóvil a un lado del camino y lo detuvo. Ahí estaba. Se iba a tomar su tiempo para echarle una bronca de campeonato. Una bronca merecida, quizá, aunque pensar eso solo consiguió enfadarla aún más. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Olvidarse de vivir aventuras? ¿Solo porque Mehdi hubiera desaparecido sin dejar rastro? ¿Únicamente porque se hubiera quedado sola? Resopló, se cruzó de brazos y se preparó para el chaparrón.

Su padre dijo:

—Sé que estás enfadada, Athenea.

Ella enarcó una ceja.

—Quiero que sepas que estamos aquí para lo que necesites —prosiguió—. Si quieres que hablemos, si quieres desahogarte..., lo que sea. Cuenta conmigo y con tu madre.

Rayos y centellas. Demasiado tarde, Thea se dio cuenta de que se le empezaba a encharcar la vista. Dichosa humedad. Además, por algún motivo el labio inferior se le había curvado en aquel puchero mítico que llevaba ya más de una década despertando pavor en su familia. Su padre la miró preocupado.

—Athenea...

—Se va a ir el tren —gruñó lo que parecía un tigre empapado que por alguna razón se hubiera ido a vivir a su garganta.



Rudi soltó un suspiro demasiado parecido al de su hija, lo cual fue la guinda para aquel enfado inexplicable que la chamuscaba por dentro. No quería parecerse a su padre. No quería parecerse a nadie en aquel momento. La habían expulsado otra vez. Ni una sola de sus aventuras había salido bien desde que Mehdi desapareció.

Así no había manera.

4

—¡Extra! ¡Extra! ¡Inexplicable robo en el Palacio de Charlottenburg! ¡Desaparecen las joyas de la princesa Victoria Luisa! ¡La policía no encuentra evidencias de allanamiento! ¡Extra! ¡Extra!

—Espero que el ladrón Lechatnoir no haya vuelto a Berlín a hacer de las suyas —comentó su padre, y le lanzó una moneda al chico de los periódicos, siempre al pie del cañón en la estación Anhalter como si viviese allí y de allí no fuese a salir.

Habían pasado largas horas de viaje desde Königsberg en silencio. Por más que su padre había intentado iniciar conversaciones con ella, Thea le había respondido con la misma mirada esquinada, salpimentada con una mueca de disgusto.

El coche que los recogió en la estación Anhalter los dejó frente a las puertas del jardín de su casa. Thea ni siquiera llegó a preguntarse por qué el coche no se internó en el jardín, como tantas otras veces con tantas otras expulsiones de



tantos otros colegios. Mientras Rudi bajaba baúles y maletas, ella no hizo más que enfilarse hacia las puertas del jardín.

Antes de que entrara, Rudi la agarró con fuerza del brazo.

—Quieta ahí —le dijo, y le tendió algo—. Haz el favor de ponerte esto primero.

El padre de Thea sostenía entre los dedos una cadenita metálica de la que colgaba un camafeo de lapislázzuli, una piedrecita de color azul claro. Los ojos de Thea rebotaron entre Rudi y el colgante.

—¿Qué? —fue lo que alcanzó a decir, sorprendida—. ¿Me vas a hacer un regalo?

—No es un regalo, es una medida de seguridad.

—¿Qué? —volvió a repetir.

—Tú pónselo, haz el favor.

—No.

Thea se zafó de su padre y echó a correr hacia la verja. Regalos. Si se creía que con regalarle un colgante se le iba a pasar el enfado, iba listo. Ja. Abrió la reja con brusquedad y entró.

—¡Athenea! —gritó Rudi a su espalda.

Eso fue lo que la paralizó; el miedo que de pronto asomó a la voz de su padre. Acababa de cruzar la reja y se quedó plantada en el sitio. El senderito bordeado de avellanos que atravesaba el jardín y llegaba hasta la puerta de su casa estaba más denso que nunca. Sobre su cabeza se extendía un laberinto de ramas entrecruzadas como espadas en la boda de un coronel, cargadas de hojas amarillentas y parduzcas.

Una oscuridad de bosque antiguo y secreto se cernió sobre ella. Algo le tironeó del pelo. La rama de un árbol, es-



trecha y retorcida como un dedo de bruja, se había estirado hacia ella y la había enganchado. Al instante otra hizo lo mismo y tiró de ella en otra dirección. Más ramas descendieron, estaban formando un muro entrelazado frente a ella, mientras que otras directamente se enrollaban en sus brazos. Del suelo surgieron raíces que se retorcieron alrededor de sus piernas, con tanta fuerza que un grito empezó a brotar de su garganta, un grito que mezclaba tanto sorpresa como dolor y, sobre todo, miedo.

Entonces su padre apareció junto a ella y le colocó el colgarcito de lapislázuli en el cuello.

—¡Ya basta! —alzó la voz—. Ya basta, ¿de acuerdo? Ya lo tiene, no os pongáis así.

Las ramas se quedaron quietas por un instante. Thea pensó que seguirían apretando y la descuajaringarían allí mismo. Pero no, lo que hicieron fue retirarse poco a poco. La maraña de ramas y hojas se deshizo; el camino hasta su casa quedó despejado. El sendero y el jardín volvieron a ser eso, sendero y jardín. Rudi soltó un silbido aliviado.

—Qué cerca ha estado —dijo—. Te lo he dicho, Athenea, el colgante es una medida de seguridad. Tienes que llevarlo para entrar y para salir... ¡Athenea!

Thea se acababa de dar la vuelta y corría hacia la puerta de la casa. Mil preguntas bullían en su cabeza, y la mayoría relacionadas con lo que acababa de pasar, pero el enfado se-pultó todas y cada una de ellas.



5

Mientras todo esto sucedía, Sophie von Hammerstein colgaba bocabajo del techo de la biblioteca.

Dos ventosas gigantes atadas a los pies por correas con hebillas la pegaban al techo. Esgrimía un enorme cazamariposas de malla de seda. Frente a ella, una *Ornithoptera alexandrae*, la mariposa más grande del mundo, descansaba sus veinte centímetros de envergadura sobre los volúmenes tres, cuatro y cinco de la Esteganografía de Tritemio. Quién sabía cómo había llegado hasta allí aquel gigantesco animal, originario de Papúa Nueva Guinea. Lo que estaba claro es que Sophie no iba a dejarla a la intemperie. Con la punta de la lengua asomando entre los labios y los ojos entrecerrados en una expresión de extrema concentración, acercaba poco a poco el cazamariposas al insecto.

Entonces alguien abrió la puerta principal y volvió a cerrarla de un portazo. El ruido espantó a la mariposa, que salió volando. Sophie, por su parte, dio un respingo de arriba hacia abajo, y a punto estuvo de dar con los huesos en el suelo.

—¡Athenea! —exclamó. No había enojo en su voz. Mariposas había muchas y en todos los tamaños posibles, pero hija solo tenía una.

Se quitó las hebillas y bajó de cualquier manera hasta el suelo de la biblioteca. Para cuando salió, las ventosas en sus tiras de cuero aún colgaban del techo como longanizas dejadas a secar durante demasiado tiempo. La mariposa revoloteaba entre ellas con poco interés.





Sophie se detuvo frente a la barandilla del primer piso. Un torbellino con melena que más bien parecía un manojo de tuercas pelirrojas cruzaba el recibidor. Justo detrás de ella entró Rudi, cargado con una ridícula cantidad de baúles y maletas. Si Sophie se hubiera fijado en su expresión, quizá se habría refrenado, pero la alegría de ver a su hija le nubló el entendimiento. Bajó a la carrera la escalinata hasta el recibidor, con los brazos abiertos en abanico... y así los dejó, cuando Thea pasó a su lado con apenas un murmullo:

—Me voy a mi habitación —dijo, y desapareció escaleras arriba.

Sophie se quedó allí, en una pobre imitación de bailarina al finalizar su actuación, sin más público para aplaudirla que su esposo. La madre de Thea vio su expresión y lo comprendió todo, como solo las madres son capaces de comprender.

—Está muy mal, ¿no?

Rudi apretó los labios y asintió. El portazo con el que Thea se encerró en su habitación era toda la respuesta que necesitaba.

—Por lo menos se ha puesto el collar.

—Señora... —Asomó la cabeza *frau* Siebel—. Había un bicho en la biblioteca; he abierto para que se airee un poco. Sophie puso los ojos en blanco.

6

El portazo aún resonaba en sus oídos cuando Thea se lanzó sobre su mesita de noche. Abrió el primer cajón. Tenía





que estar ahí. Lo había guardado para que no lo encontrasen y luego se había olvidado de llevárselo al Collegium Friedricianum. Qué idiota. Rebuscó en el cajón de arriba, pero no lo encontró. Abrió el de abajo. Tampoco. Revolvió dentro de los dos, cada vez más nerviosa. ¿Dónde rayos...? ¡Ah! De pronto se acordó. Volvió a abrir el segundo cajón, lo extrajo del todo y toqueteó el fondo hueco. ¡Ahí estaba! Lo sacó, por fin, y se tumbó en la cama, boca arriba, con aquel objeto entre las manos.

Era un paquetito postal, abierto por uno de los lados. El interior estaba vacío. En su día estuvo pulcramente empaquetado, pero de tanto manosearlo, Thea lo había convertido en poco más que un guiñapo de cartón y sellos. Sin embargo, aún se leía su dirección en el anverso, y el nombre de Mehdi Firat. Por el otro lado, en cambio, donde debería estar la dirección del remitente, solo había una frase escrita con trazo elegante: «Un obsequio de M. Salem».

Y eso era todo. Eso era lo que Thea había encontrado en el cuarto de Mehdi, tirado y abierto en el suelo. Fuera lo que fuera lo que contenía el paquetito, había sido suficiente para convencer a Mehdi de que tenía que escaparse sin decir ni media, sin contar siquiera por qué, qué pretendía hacer, cuándo volvería. O si volvería.

Las docenas de muñecas del cuarto eran las únicas testigos del puchero apocalíptico que asomó a sus labios, un puchero que se esfumó en cuanto llamaron a la puerta. Thea se sorbió los mocos, metió el envoltorio debajo de la almohada y dijo:

—Qué.



La puerta se abrió lo justo para que asomara la cabeza de su padre.

—Athenea.

—Qué —repitió ella en el tono impertinente que tan bien le salía cuando quería.

—¿Puedo pasar?

—Ya tienes la cabeza dentro sin preguntar. ¿Qué más da que metas el resto del cuerpo?

Rudi entró. Thea puso todo su empeño en no mirar a su padre.

—Había pensado que podíamos salir esta noche, toda la familia. He leído en el periódico que hay una especie de circo en los alrededores de Tiergarten...

—No me apetece. Además, el jardín es peligroso. No quiero que me ataquen más árboles.

—No seas t... Digo... no, por supuesto que no te van a atacar. Solo tienes que llevar puesto el colgante.

—¿Qué es ese colgante? ¿Por qué de pronto nos odian los árboles de nuestro propio jardín?

—Claro que no nos odian, Athenea. Se trata solo de..., bueno, digamos que ese trozo de lapislázuli es como un salvoconducto. Siempre que lo lleves contigo, no te pasará nada.

—Pues muy bien. Sigue sin apetecerme salir.

—Está bien, no te apetece. ¿Quieres hacer alguna otra cosa?

—No.

Rudi paseó la vista por el cuarto como si lo siguiente que fuese a decir se le hubiese escapado de la boca y revolotease por las esquinas del techo.

—Verás..., he estado hablando con tu madre...



—Bien por ti.

—... sobre qué hacer contigo el resto del año.

«Qué hacer contigo». Como si fuera un mueble. Como si fuera un estorbo. Las muñecas de las paredes la contemplaban con lo que quizá era pena.

—Cuando mamá quiera, empezamos las clases en la biblioteca. Tengo todos los libros en el baúl verde.

—Ya, ya lo sé. —Rudi se masajeó la parte baja de la espalda—. No me refería a eso. Hemos pensado tomarnos una pausa de tus clases y a lo mejor hacer un viaje.

Aquello sí despertó el interés de Thea.

—¿Un viaje? ¿Adónde? —Sus facciones se iluminaron—. ¿Vamos a buscar a Mehdi? ¡Vamos a buscar a Mehdi!

—No, no, no. —El telón volvió a bajar en la sonrisa de Thea—. No vamos a buscar a Mehdi. Vamos a tomarnos unas vacaciones largas, hasta el curso que viene. Tu madre y yo hemos pensado que quizá un par de meses en Villa Diodati, en Suiza...

—¡No quiero ir a Villa Diodati! ¡Lo que quiero...!

—Ya basta, Athenea —la cortó. Thea se quedó de piedra—. Ya sabemos lo que quieres, pero ahora vamos a centrarnos en lo que necesitas. Y lo que necesitas es un poco de tranquilidad y olvidarte de Mehdi.

Mala elección de palabras. Muy mala elección de palabras. Thea vio que su padre se daba cuenta al instante.

—Lo que quería decir...

—Lo que has dicho. —Se cruzó de brazos—. A lo mejor de quien debería olvidarme es de vosotros. No entendéis nada. No servís para nada.



—Eso es muy injusto.

—¿Injusto? —Thea dio un salto de la cama—. ¡Mehdi podría estar en peligro! ¡Han pasado meses! ¡Pensaba que era vuestro ahijado o vuestro protegido o yo qué sé! ¡No habéis hecho nada!

—¿Te quieres calmar, por favor?

—¡No! ¡No me quiero calmar! ¡Lo único que decís es que me calme! ¡Para encontrar artefactos que llevan milenios enterrados os dais mucha prisa, pero no sois capaces de dar con un otomano que vuela!

—¡No es tan sencillo, Athenea! —dijo el primer grito su padre, lo cual siempre suele abrir la puerta a más gritos—. ¡A ver si te crees que hemos estado cruzados de brazos todo este tiempo! ¡No hemos parado de buscarlo, pero medio mundo está en guerra! ¡Apenas hay trenes, ni barcos, ni nada! ¡No hay manera de que haya salido de Berlín, pero en Berlín no está!

—Y por eso habéis tirado la toalla.

—¡No hemos tirado la toalla! ¡Nos hemos matado a buscar, y nada! ¿O acaso piensas que no daría la vida por encontrar al pobre chico?

—¡Yo sí que daría tu vida para que volviese! ¡Si no eres capaz de encontrar a Mehdi, muérete ya, a ver si así vuelve!

Silencio. Rudi apretaba los labios. La respiración de Thea se había vuelto profunda, cargada con el peso de lo que acababa de decirle a su padre. Rudi se dio la vuelta y fue hasta la puerta.

—Buenas noches, Athenea.

Thea abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. El chasquido de la puerta volvió a cerrársela.



7

Rudi, muy pálido, entró en la cocina. *Frau Siebel* y *Sophie* pelaban verduras para la cena.

—No te vas a creer lo que me ha dicho.

—¿Que no me lo voy a creer? —replicó *Sophie*—. Se ha oído hasta en Dresden.

Rudi chasqueó la lengua. *Frau Siebel*, por su parte, mostró su descontento con la situación como siempre hacía: aumentando el ritmo con el que picaba apio a cuchillo.

—Está en todo lo alto del pavo —dijo Rudi.

—¿Qué esperabas? ¿Cómo eras tú a esa edad?

Él soltó un resoplido.

—Mil veces peor.

—Pues eso.

—¿Y qué hacemos?

Sophie y *frau Siebel* cruzaron una mirada fugaz. La madre de *Thea* le puso a Rudi por delante una tabla de cortar y un cuchillo.

—Tú, para empezar, cortar cebollas. Ya hablaré yo con ella.

—¡Cortar cebollas! —Rudi alzó las cejas—. Esto es de lo más inapropiado. ¿Por qué me habré casado con una mujer del siglo veintiuno?

—Porque eres un idiota que piensa que las de su época son muy aburridas, aunque no sea cierto. Hala, a cortar.

Rudi le sacó la lengua y se arremangó.



8

Volvieron a tocar a la puerta de su cuarto. Thea dio un salto y tiró la muñeca que tenía entre las manos por encima de su cabeza.

—Es de mala educación entrar sin llamar —farfulló.

—Eso será en casa de otro —replicó Sophie, que acababa de entrar con una bandeja entre las manos sobre la que descansaba un plato de *eintopf*—. Entre amigas no es de mala educación. Y tú y yo somos amigas, ¿no, Gorriona?

Thea apartó la vista.

—No me llames Gorriona. Ya no soy una niña. Soy mayor.

Su madre caminó haciendo equilibrios con la bandeja. Pasó con disimulo sobre la muñeca que descansaba en el suelo y apoyó la bandeja en la mesita de noche.

—La verdad es que sí eres mayor. Te has hecho mayor en un suspiro. Pero, aunque ahora te parezca que sí, hacerse mayor no es lo mismo que pelearse con los padres.

—¡Es que papá...! —empezó Thea, pero Sophie alzó una mano.

—Papá tiene la cabeza muy dura, ¿verdad?

Thea resopló. No quería calmarse. No quería que las palabras de su madre la calmasen. ¿Por qué siempre sabía qué decir?

—Quiero ir a buscar a Mehdi.

—Y yo. Por desgracia, no hay rastro de él, y con la guerra no tenemos mucho rango de maniobra.



—Pero podemos seguir buscando. Quizá haya alguien que lo haya visto, en un puerto, en una estación, alguien que lo haya llevado de pasajero...

—Voy a preguntarte una cosa, Gor..., Athenea —se corrigió al instante—. ¿Crees que Mehdi se marchó a la fuerza?

Thea lo pensó un instante. «Un obsequio de M. Salem».

—No, no lo creo —dijo con un hilo de voz.

—Y crees que, si hubiera podido, ¿nos habría dicho adónde se iba?

Un relámpago lejano destelló por un instante en el cielo tras la ventana. El otoño, chismoso y cotilla, espiaba desde el jardín.

—Supongo.

—Entonces, si se fue sin decir nada, quizá es porque consideró que era lo más adecuado, ¿verdad?

«Maldito niño engreído», pensó Thea. Pero lo que dijo en su lugar fue:

—Sí.

—¿Y no deberíamos respetar su decisión?

—¿Quién es M. Salem? —contraatacó Thea.

Su madre guardó silencio.

—¿Quién es M. Salem? —insistió.

—Me encantaría poder decírtelo.

—Eso no es una respuesta, mamá.

—Es la única que puedo darte ahora.

La había perdido. Thea se echó hacia atrás en la cama. Las muñecas las contemplaban. Los relámpagos se sucedían en la lejanía.





ATHENEA Y LOS ELEMENTOS

—Deberías llamar a la puerta. Es de mala educación entrar sin llamar.

Sophie soltó todo el aire por la nariz, pero acabó asintiendo. Se levantó y fue hasta la puerta de la habitación.

—Te queremos mucho, Athenea. Imagino que no te lo parece, pero es así.

—No tanto como para decirme la verdad —replicó ella. La ola de satisfacción que la invadió por haber dado una respuesta tan buena se retiró en cuanto vio la expresión de su madre.

El chasquido de la puerta al cerrarse le dolió por dentro. Thea soltó un resoplido.

Así no había manera.